*“¿Quién dice que se olvida? No hay olvido”*

***Luis Cernuda***

En los pueblos pequeños, una escombrera es el cementerio de las casas viejas, un osario abigarrado de ladrillos, adobes, tejas y vigas taladradas de carcoma, el último cobijo de esas jambas y dinteles que albergaron las ventanas, apenas unos pedazos de cristal que ya no volverán a tamizar la luz del atardecer, ni a encauzar en su seno las primeras gotas de lluvia, pesadas, torpes, embadurnadas de tierra roja, ni a empañarse durante las madrugadas del invierno con ese vaho que servía de pizarra a los dedos soñadores de los niños, ni a permitir que las miradas cansadas de los ancianos tropiecen con un cielo de cobre desleído en el poniente, más allá de las huertas, más allá de los ribazos y las mimbreras del río.

En los pueblos pequeños, una escombrera es el lecho paciente del olvido, la cárcava pulverulenta donde reposa el alma de las casas muertas, donde dormitan para siempre esos armarios de barniz oscuro y espejos de luna agazapados en el interior de las puertas, los colchones preñados aún de guedejas de lana blanca, las arcas desvencijadas y los baúles descerrajados que vomitan sus entrañas indolentes de sábanas amarillas, pañuelos de encaje, tapetes desgarrados de ganchillo y toallas bordadas, sí, bordadas cuando las tardes del invierno se hacían menos largas y algo más soportables al amor cercano de los rescoldos de una buena lumbre.

Y bajo las sábanas amarillas, los tapetes de ganchillo y los pañuelos de dobleces tiznados de hollín, esperan, revueltas, inquietas, desperdigadas, las piedras que levantaron zócalos teñidos de añil, la cal desconchada de las tapias, las rejas devoradas por la herrumbre y las baldosas rotas, en ese inútil afán por escabullirse de las acometidas del cierzo, por no servir como puntales a las madrigueras de las ratas.

Y por entre los cascotes, las puertas reventadas por la humedad y los paredones despedazados, vagan también esas hojas arrancadas de almanaques extintos, los pliegos de papel caligrafiados con esmero por escribanos de hace demasiadas décadas, las fotografías de familias anónimas y bodas humildes con un fondo de carros abandonados y de iglesias destejadas, quizá ya derruidas, los retratos con dedicatorias en los ángulos que aún derraman con su tinta desvaída promesas de amor eterno, retratos como aquel que atrapé, por entre el revoloteo de tantos otros, al azar, aquella tarde, la primera tarde de mis primeras vacaciones en el pueblo. El pequeño pueblo donde nacieron mis padres.

…………………………

En los pueblos pequeños, una escombrera es, para los chavales de doce años acostumbrados sólo al asfalto de las ciudades, una orografía de tesoros latentes, un solar donde ejercitar el arte de la imaginación, un laberinto incierto tramado de sorpresas, intuiciones y misterios por descifrar.

El retrato aprovechó el cálido viento de la tarde para iniciar un recorrido ascendente desde los aledaños del baúl y separarse así de otras fotografías más perezosas. Describió luego un itinerario ligeramente elíptico, casi circular, para trazar finalmente un quiebro inesperado y deslizarse con suavidad entre mis manos.

El rostro de una mujer joven sonreía tenuemente sobre un decorado ficticio que pretendía recrear un templo de la Grecia clásica. Una cortina de pliegues espesos estrangulados en su tercio inferior por un cordón agarrado a la pared, cerraba el lateral derecho del retrato, mientras una dedicatoria ocultaba sin ningún pudor parte del frontón y de las columnas del templo, con cuidado de no rozar el cabello de la joven. Leí el texto despacio, con cierta dificultad a causa del reducido tamaño de la letra empleada y creí descifrar la firma que, apresurada, se recostaba sobre el mes y el año de la fecha:

 “Para que tu corazón no me olvide”

 **Angustias**

 Febrero de 1922

Mis pupilas merodearon durante unos instantes por el azabache de sus cabellos lacios, por su frente discreta, por la serenidad esgrafiada en sus ojos negros, por el filo de ese grácil arco conformado por su sonrisa. Una gargantilla de eslabones diminutos perfilaba el encaje blanco que remataba el cuello de su vestido. Volví entonces a leer su nombre, y luego lo pronuncié, Angustias, y pensé enseguida en la primera impresión que me causó la hermana de mi padre, la tía Angustias, una solterona ceñuda de mirada torva y encías desamparadas que jamás había salido del pueblo y que renegaba de todo el mundo, en especial de los forasteros que acudían aquí en verano a pasar las vacaciones. Encastillada en los umbrosos adentros de la vieja casa familiar, sólo pude saludarla en la distancia, ella tras la reja de la ventana, semioculta tras unos visillos agrisados, yo desde la ventanilla del coche, todo muy aséptico, demasiado fugaz, nada de besos, nada de abrazos, apenas un hola precipitado seguido de un contundente adiós que bien podría haber sonado a despedida última, definitiva, profundamente deseada.

Torné a embelesarme con los ojos negros de la joven del retrato, con su pelo de azabache, con su frente discreta y con sus labios, y entonces comprendí que, aún saltando el barranco imposible de tantos años, la tía Angustias jamás podría mirar, ni sonreír, ni siquiera posar así, de aquella forma, de aquella manera tan especial.

Regresé al pueblo casi anochecido. Los vencejos enhebraban con sus quiebros las chimeneas y los aleros de los tejados, trazando sombras esquivas sobre las tapias blancas caldeadas por el sol, los cantos que empedraban las callejas, las piqueras de los pajares y las portadas que se abrían a zaguanes y corrales baldeados con el agua fresca de los pozos. Para llegar a la casa de mis padres, debía pasar antes por delante de la de mi tía Angustias. Una vez a su altura, apreté conscientemente el paso y sepulté la mirada en el suelo, evitando dirigirla hacia la fachada, procurando, inocentemente, aislarme del entorno. Vano intento. No pude evitar ver, por el rabillo del ojo, cómo los visillos agrisados tras los cristales, tras la reja de la ventana, se desplazaban muy despacio, casi imperceptiblemente, y descubrían un rostro ceñudo, de boca torcida y encías desamparadas que me observaba desde lo hondo de su mirada, desde la penumbra honda de su cocina, desde las hondas fauces de aquella casa de zócalo añil. No me detuve. Sólo sentí una opresión extraña en el estómago que me empujó a correr. A correr por entre las caricias cálidas del crepúsculo, por entre el alboroto chirriante y los negros quiebros de los vencejos.

…………………………

Mi padre no puedo reprimir la risa cuando, por la noche, le relaté mi experiencia al pasar por delante de la casa de la tía Angustias. Se levantó del sofá, se plantó frente a mí, colocó su mano en mi hombro y, tras darme unos golpecitos en la clavícula, afirmó:

- Debo reconocer que mi hermana es algo especial, ya sables, no le gusta salir de casa, salvo para acudir al rosario, a las novenas de la Virgen o a la misa de ocho y prefiere la tranquilidad que envuelve al pueblo de otoño a primavera al barullo que armamos durante el verano los que venimos de la ciudad. Pero lo que sí te aseguro es que, detrás de esa mirada torva y de ese ceño fruncido que tanto te preocupa, se esconde un corazón enorme. Te lo digo yo, que soy su único hermano y que nací y crecí junto a ella en esa casa de zócalo añil. La misma casa que construyó, allá por 1925, tu bisabuelo Marcos.

Y así, algo más tranquilo por las explicaciones ofrecidas por mi padre, decidí que mañana, o pasado mañana, o tal vez el domingo por la tarde, una vez agavillados todos los sarmientos de valor, me pasaría por la casa de la tía Angustias, despacio, para desbrozar, al fin, el sendero que conducía a su enorme corazón, para recorrer con la mirada las estancias cuajadas de pasado, de los recuerdos de un pasado que se me antojaba remoto, pero a la vez esmaltado de cercanía, de ansia por mostrarse ante mí, para palpar con mis manos las paredes, las puertas y las tapias que el esfuerzo de mi bisabuelo Marcos levantó para ofrecer un hogar a su familia.

El domingo por la tarde me presenté ante la casa de la tía Angustias, repeinado y vestido como para volver a hacer la primera comunión, porque, según mi padre, esa apariencia impoluta de chico formal era la mejor forma de causarle una buena impresión, acostumbrada como estaba a los vestidos cursis para ir a misa de las chicas y a los jovencitos con pantalones azul marino combinados con una camisa de manga larga aderezada, a poder ser y si el calor no resultaba asfixiante, con una corbata a juego.

Golpeé el pequeño puño que hacía las veces de aldaba contra la chapa de hierro y esperé, pero nadie abrió la puerta. Pensé que tal vez mi tía estuviera, además de desdentada, un poco sorda, así que volví a llamar con idéntico resultado. Accioné entonces el picaporte dorado y la puerta se abrió con mansedumbre, dejando en el aire un leve chirriar de goznes que más que arañar, pareció acariciar la oscuridad del vestíbulo. En seguida recordé que, en los pueblos pequeños, la confianza entre los vecinos convertía en innecesarias todas esas precauciones de seguridad que nos apresuramos a adoptar en las ciudades. Tuve algunas dudas, pero después de comprobar que en mis adentros aún se mantenían atados los sarmientos del valor, accedí al interior de la casa, con cuidado de que la puerta no se cerrara del todo.

Una delgada franja de luz vespertina se filtraba por el resquicio, derramándose por las baldosas en un danzar rutilante de motas de polvo y reflejos dorados que me permitió identificar las tres puertas que se abrían al vestíbulo. Permanecí inmóvil, los labios apretados, los músculos contraídos, los sentidos alerta, hasta que decidí pronunciar en voz alta el nombre de mi tía. No hubo respuesta. Sólo fui capaz de escuchar lo que parecía ser el arisco crepitar de una lumbre acompañado de un sonido amable, cadenciosos, como el liviano rozar de algo metálico. Empujé la puerta a la izquierda mientras sentía cómo el hatillo de sarmientos que amalgamaba mi valor se deshacía, muy despacio, e inútiles briznas de estopa, en esa granza prescindible que arrastra el viento más allá de las lindes de las eras.

La estancia era rectangular, con un techo bajo sostenido por palos oscuros, una alacena con puertas de cristal veladas por cortinillas fruncidas, una mesa baja de madera con tarros de especias, verduras y utensilios de cocina, una ventana con visillos agrisados encastrada en la fachada y una chimenea de campana alta arrimada a la pared contraria. Un leve despertar de llamas brotaba desde los rescoldos, perfilando el contorno de dos cepas que yacían en el hogar y que engarzaban sus pulgares en un abrazo de despedida, resignado, sin lamentos, sólo el traquido áspero de la corteza al ser mancillada por el fuego. Y frente a la chimenea, sentada sobre un serijo de esparto, una anciana daba vueltas con el cucharón al contenido de un puchero, liberando ese sonido amable, cadencioso, el sonido de la fricción del metal sobre la boca del recipiente.

- El potaje debe hacerse con calma, con cariño, desde la noche anterior, cuando sumergimos los garbanzos en agua, las espinacas tienen que ser muy frescas, las patatas mejor coloradas y partidas en pedazos gruesos, el bacalao en su punto justo de desalado y escurrido… y, sobre todo, que las llamas no se arrimen al puchero, hay que situarlo sobre un lecho de rescoldos y ceniza, para que el contenido hierva despacio, muy despacio, todo el tiempo que sea menester. Y hay que escuchar sus burbujeos, atender el murmullo de la sal, el leve rumor del laurel, el chisporroteo del sofrito en una sartén aderezada con aceite de oliva de la almazara. Y no tapar del todo el puchero para evitar que rebose, ya sabes, cuidarlo como si de algo nuestro, muy nuestro, se tratara.

Todo lo dijo sin moverse, sin mirarme, con las pupilas alojadas en las piruetas de las llamas, en el reverbero de las brasas, en ese silencio tenue que parecía emboscarse sobre la alacena, por entre las cortinas agrisadas, tras los palos oscuros del techo, en toda la penumbra de la cocina.

Yo continuaba en el umbral de la puerta, inmóvil, absorto en la contemplación de los trajines reposados de la anciana, de sus manos pálidas como polvo de alabastro, de su frente discreta, de la crencha que dividía sus cabellos blancos en dos mitades perfectas, de todo su esmero a la hora de cocinar, de la dulzura que cortejaba a cada una de sus palabras. Pudo transcurrir una eternidad, pero creo que sólo pasaron unos instantes. La anciana apoyó el cucharón en un cuenco de barro y se incorporó. Removió las brasas con un badil para desperezar el fuego y se dirigió hacia mí, despacio, con una sonrisa grácil titilando en sus labios:

- Voy al corral a por más leña. Tu tía Angustias no tardará en llegar. Podrás verla en cuanto termine la misa de ocho. Te aseguro que tiene muchas ganas de conocer a su único sobrino. Hay que ver lo alto que estás, marcos, si eres ya todo un hombre…

La mujer abandonó la estancia mientras terminaba de hablarme y se sumergió lentamente en la penumbra del vestíbulo. Desde la cocina sólo pude escuchar un sonido seco, apagado, contundente. El golpe de una puerta al cerrarse. Una puerta que, pensé, debía de comunicar el vestíbulo con el zaguán. Una extraña sensación de sosiego me embargó entonces. Cerré los párpados, relajé los hombros y el cuello, descolgué la mandíbula y, con el leve crepitar del fuego como fondo, pensé en la anciana de las manos pálidas y la sonrisa grácil. Una anciana que sabía mi nombre y mi parentesco. Una anciana de la cual yo no conocía absolutamente nada.

…………………………

Esperé la llegada de la tía Angustias sentado en el escalón de la puerta, observando cómo la sombra del cercado de enfrente escalaba por el zócalo teñido de añil, por la reja que cerraba la ventana de visillos agrisados, por los desconchones de la pared encalada. No deseaba que, al llegar, ella me encontrara dentro de su casa, no fuera a ser que creyera que me había colado con el ánimo de curiosear entre sus cosas.

Me entretuve luego siguiendo las evoluciones de dos salamanquesas sobre las panzas de cal que brotaban de las tapias, esos ojos saltones que parecían observarlo todo a su alrededor, sus dedos rematados en minúsculas ventosas y dispuestos a modo de pétalos de una flor primigenia, su apariencia de dragón diminuto tramado de escamas terrosas. Tan ocupado estaba en no perderlas de vista que no la oí llegar. Sólo sentí cómo una mano huesuda presionaba mi hombro, bueno, eso y un escalofrío que estremeció mi cuerpo de la nuca a los calcañares. Pegué un respingo, me incorporé y balbuceé una especie de disculpa absurda, no sé, algo así como que ya me iba, que sólo me había acercado para saludarla.

La tía Angustias era una mujer delgada vestida de negro y en la delgadez de su rostro convivían manojos de arrugas arrimados a su frente, a los aledaños de sus labios, a los extremos de esos ojos que no dejaban de mirarme, despacio, con cuidado, con cariño, con ese cariño que sólo acostumbra a sentir un niño en compañía de su madre.

Las últimas, las más largas sombras de la tarde se confundían ya con el negrear del crepúsculo cuando pasamos al interior de la casa. En la cocina, el puchero continuaba junto a la lumbre y una solitaria, lánguida llama apenas lograba emerger por entre el canchal de rescoldos. La tía Angustias se dirigió a la alacena y se acercó a mí con una caja de hojalata en las manos, de esas que antiguamente se utilizaban para conservar el dulce de membrillo que se vendía en las tiendas de ultramarinos. Ahora, con demasiados años y alguna abolladura en sus laterales estampados, esa lata albergaba un sugerente rimero de rosquillas embadurnadas de azúcar.

- Toma, Marcos. Coge las que quieras mientras te caliento un tazón de leche. Están recién hechas, sólo llevan harina, huevos frescos y ralladura de limón. El secreto está en el aceite. Debe ser de oliva virgen y calentarse muy bien en la sartén antes de añadir la masa.

Al saborear aquellas suculentas rosquillas no pude sino recordar las que mi madre solía comprar en el hipermercado. Una vez abierto el envase de plástico y probadas las primeras, el resto se quedaba allí dentro durante días hasta ponerse duras como el pedernal, porque a ninguno nos agradaba su regusto a aceite de calidad mediocre.

- Están deliciosas, tía. Si no le importa, me llevaré algunas a casa para desayunar…

No había terminado de hablar cuando ya me estaba envolviendo un par de docenas en un paño blanco. Estuvimos luego charlando hasta muy tarde, de mis cotidianos enfrentamientos con las asignaturas de secundaria, de mis amigos Alberto y Javier, unos fanáticos de los videojuegos, de mis primeros escarceos – miradas, gestos cómplices y algún regalo – con una chica de ojos claros llamada Sonia, de la tranquilidad que se respiraba en las calles de este pueblo.

Ella sonreía, siempre con cuidado de no mostrarme sus encías sin apenas dientes, y me hablaba de cuando era más joven, de dos pretendientes que no consiguieron siquiera rozar la piel de su corazón, de sus habilidades en el arte culinario, de su maña con los bordados y el ganchillo, de sus promesas a la Virgen y de su devoción por tres santos a los que rezaba fervorosas jaculatorias antes de acostarse.

La lumbre era ahora un calvero de cenizas, una grisalla derrotada, oscura, sin ningún rumor de vida. Un gredal de pavesas aplastadas contra el hogar, un recuerdo cercano de calor, y de color, y de belleza, quizá la más efímera belleza que pueda llegar a acariciar las pupilas de los hombres.

Mi tía retiró el puchero y lo colocó sobre la mesa baja de madera. Fue entonces cuando recordé a la anciana de manos pálidas y sonrisa grácil con que me había encontrado en la cocina hacía apenas tres horas. Fue entonces cuando le relaté lo acontecido con la anciana aquella tarde, de sus consejos para cocinar el potaje de garbanzos, de la dulzura que cortejaba a cada una de sus palabras. El semblante de mi tía se tornó melancólico, como si mi comentario hubiera recompuesto algún recuerdo deslavazado por el paso del tiempo. Se incorporó de la silla, despacio, me acarició el pelo y se agachó frente a la chimenea para barrer la ceniza del hogar. Luego deslizó una mirada furtiva hacia el retrato que colgaba al lado de la alacena y me aseguró, con voz trémula, que lo había pasado muy bien conmigo, que volviera siempre que quisiese, pero que ya era tarde y que, tal vez, mis padres estuvieran preocupados.

No pude evitarlo. Tras recoger el hatillo de rosquillas, me acerqué a aquel retrato en blanco y negro enmarcado en madera dorada. Era el rostro de una mujer mayor, de una anciana de frente discreta, con una crencha que separaba su pelo blanco en dos mitades perfectas. Una sonrisa grácil colgaba de sus labios y toda la serenidad parecía esgrafiarse en sus ojos negros. No logré ver sus manos pálidas, pero no me importó. Aquella anciana había conversado conmigo y me había llamado por mi nombre hacía apenas tres horas, es esta misma cocina, en la cocina de la tía Angustias. Sentí entonces cómo una mano huesuda rozaba mi hombro y escuché, como si de un lejano eco se tratara, la voz ahogada de mi tía:

- Es tu bisabuela Angustias, la mujer de la persona que levantó esta casa con sus propias manos, ya sabes, la esposa del abuelo Marcos. Precisamente hoy es el vigésimo quinto aniversario de su muerte. Todos hemos rezado por ella en la misa de las ocho.

Me di la vuelta, lentamente. Mi tía estaba llorando, pero su llanto era silencioso, apenas un murmullo de lágrimas no alumbradas, apenas un ligero temblor atrapado en sus labios, apenas un tenue brillo de níquel destellando en sus ojos. La abracé con todo el cariño que fui capaz de reunir y me despedí hasta el día siguiente, sabiendo que hasta el día siguiente no podría dormir, ni descansar, ni siquiera dejar de pensar en mi bisabuela, ni en su retrato en blanco y negro, ni en esa dedicatoria garabateada en la parte superior, junto al ángulo de madera dorada, la misma dedicatoria **–“para que tu corazón no me olvide”–** escrita con letra desvaída que leí en la fotografía que atrapé, por entre el revoloteo de tantas otras, al azar, en ese lecho paciente del olvido que es una escombrera, aquella tarde, la primera tarde de mis vacaciones en el pueblo. El pueblo donde nacieron mis padres.